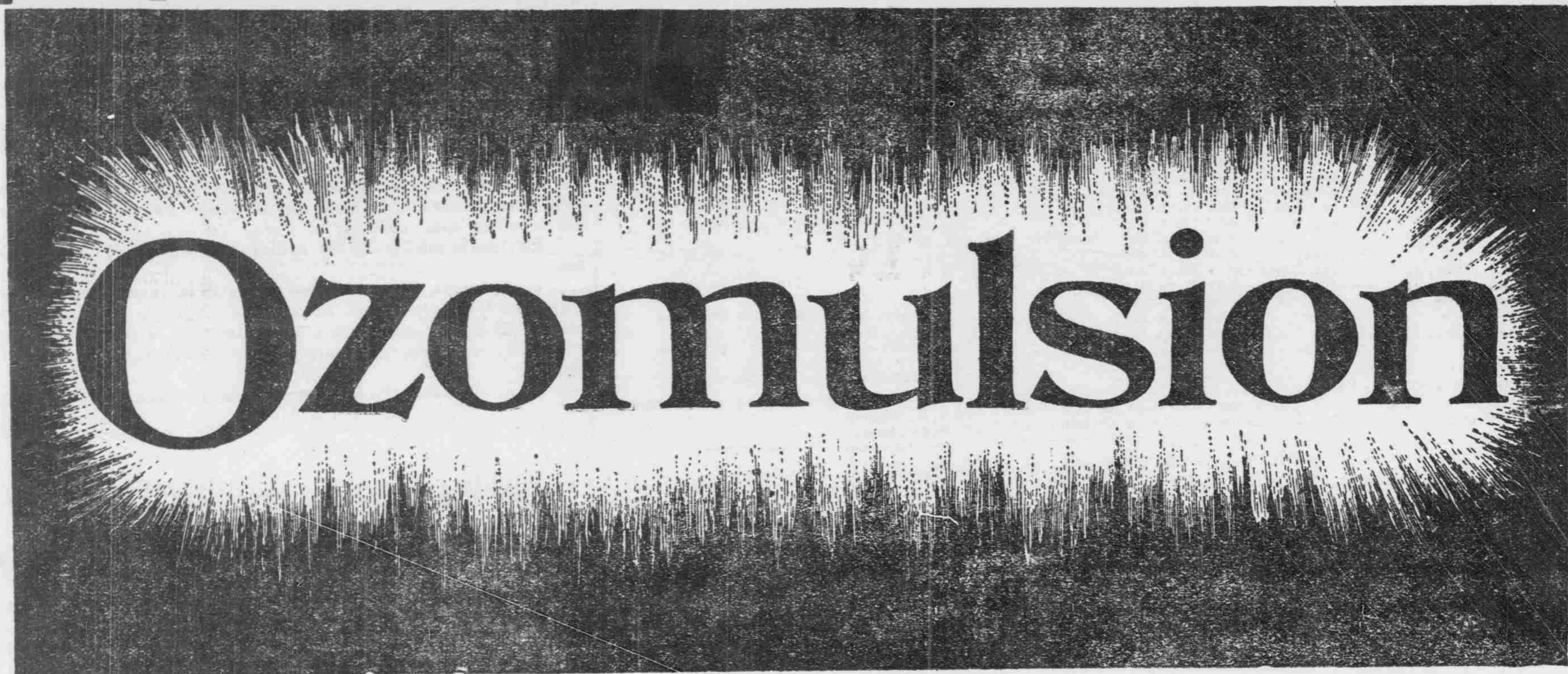


Alimento y medicina

Favorita de los niños

Que prefieren esta "Emulsion" á las otras



La OZOMULSION contiene los elementos necesarios para la formación de la carne, huesos y músculos favoreciendo el crecimiento del niño, dándole además de alimentación adecuada. La madre que no tiene leche suficiente para su hijo debe tomar la OZOMULSION con regularidad, é inmediatamente observara que su leche mejora grandemente en elementos nutritivos.

La OZOMULSION es tan agradable al paladar, que los niños la toman con tanta facilidad como si tomaran leche.

Se recomienda para

RESFRIADOS, TOS, CONSUMCION, BRONQUITIS, PULMONIA, LA GRIPPE, ASMA y otras afecciones de los pulmones, ESCROFULAS, DEBILIDAD GENERAL, ENFLAQUECIMIENTO y otras enfermedades enervantes.

De venta en todas las farmacias de la isla.

PRUEBA GRATIS

NOTA DEL EDITOR: Por convenio especial con este periódico, un frasco de muestra de la OZOMULSION será enviado por correo—gratis y franco de porte—á toda persona que mande su nombre completo y las señas de su casa clara y correctamente dirigidas á Ldo. José J. Alvarez, Parque Central, Caguas, Puerto Rico, ó la Ozomulsion Company, 34, De Peyster Street, New-York.

104

TURQUESA LA PECADORA

stabilidad; muy bien. Ese es el lado caballeresco de la apuesta. Ojalá vuestra vida para seducir a una mujer que se dice no tiene corazón.

Querubín se inclinó.
—Pero... veamos el reverso de la medalla. Si realmente soy lo que se dice, si perdéis vuestro tiempo y vuestra apuesta, supongo que el conde os matará.

—Está en su derecho.
—Muy bien; pero ¿y si la ganáis?... Y Bacará envolvió al joven con una mirada tan cruelmente burlesca, que éste bajó los ojos.

—Si la ganáis, —continuó,— habréis hecho vuestra fortuna.... Veamos, caballero, ¿es admisible que un hombre tase su amor por el precio de veinticinco millones de rentas? —Estas palabras fueron un golpe fulminante para Querubín. Bacará le dijo crudamente que había hecho una apuesta vergonzosa, impropia de un hombre honrado, y el joven se volvió rojo de la vergüenza como un estudiante sorprendido en falta.

Una ligera sonrisa llena de burla se deslizó por los labios de Bacará, y esta sonrisa acabó de desconcertar a Querubín.

—Escuchad, —repuso la joven,— os habéis conducido conmigo como un muchacho sin experiencia y recién salido de un colegio. Os han dicho que no tenéis corazón, y tal vez os han dicho la verdad.

—No lo creo, —dijo el joven.
—También esto es posible; pero, en fin, antes de meteros en una apuesta tan vergonzosa tenéis que enteraros mejor. —Y la joven, sobre la cual el ojo fascinador de Querubín no producía ninguna impresión, le miró riendo siempre.

—Hubiera comprendido la apuesta vis á vis de vos mismo, si os hubiérais dicho: «quiero ser amado por una mujer que no ama,» en lugar de ir á anunciarlo con mucho

ruido en un club, tal vez hubiera tenido alguna probabilidad de interesaros; pero... —se detuvo y no se dignó completar su pensamiento.

—Por lo tanto, —dijo Querubín recobrando su audacia,— consideráis mi apuesta como perdida?

—Es lo que pienso, a menos que...

—¡Ah! ¿Hay una restricción? Veamos.

—¡Y bien! —dijo la joven,— hagamos una cosa: no hablemos más de ello y continuad visitándome.

—No lo comprendo, —dijo Querubín.

—Pues es muy fácil.

—¿Cómo?

—Querido, —dijo Bacará,— permitidme creer que lo que os seduce más en mí, no es la promesa de los quinientos mil francos.

—¡Ah! —dijo Querubín con un gesto de orgullo,— ¿podéis dudar de ello?

—Por consiguiente, dejando aparte cuestiones de amor propio, estoy persuadida que renunciarías de buena gana si yo llegase a amaros.

—¡Oh! ciertamente, —dijo Querubín mordiendo los labios. Temió ser comprendido.

—Por lo tanto escuchadme. Lo que tengo que proponeros es tomar ó dejar. O escribir al conde aquí, en este mismo instante, que renunciará a vuestra apuesta, ó no pondréis más los pies en mi casa.

—Y, —preguntó Querubín,— si yo escribo esto, ¿quién cederá?

—Pues, —dijo Bacará,— que tal vez seréis perdonado. Y acompañó estas palabras con una mirada que trastornó al caballero de industria. Había ido para seducir y se encontró seducido. Mientras que Bacará estuvo serena, burlesca y perfectamente dueña de sí misma, Querubín experimentó una sensación desconocida que se infiltraba poco á poco en su corazón.

BIBLIOTECA DE «LA DEMOCRACIA»

101

nia de una sala pequeña cerrada con cristales, en la que por todo mueblaje había sillas pequeñas de jardín.

Apenas hubo llegado, Bacará hizo sentar a la niña, apagó la luz y las dos permanecieron en una oscuridad incompleta, pues la noche era clara. Luego Bacará puso la mano en la frente de la niña, diciéndola: —Duerme! —no sin antes haber tenido la precaución de colocar la silla de ésta de frente al jardín de la casa número cuarenta, murmurando, mientras que la niña luchaba vanamente contra el sueño magnético:

—Quisiera saber bien si está en su casa... y lo que pasa en ese pabellón al que ya ha llegado la turquesa.

El joven ruso, respetando los misterios en que se envolvió Bacará, se pasó largo tiempo por el jardín fumando un cigarro y soñando. Para él, Bacará era más que una mujer; era un sér misterioso, encargado sin duda de alguna misión fatal, y que marchaba recta a su objeto sin preocuparse de los obstáculos que encontraba en su camino y de las miradas ó de los comentarios de la multitud.

El conde hubiera hecho pronto una sombra novela sobre Bacará. Esa mujer, que se encerraba de noche en un mirador con una niña, con el solo objeto de hacer algunas misteriosas consultas, cuya frías sonrisas penetraba hasta el fondo de su corazón, le inspiraba ya un secreto terror; esa mujer le pareció como un alma efímera y que, venida en la primera lucha, perseguía

en la sombra y sin descanso el fin de una terrible venganza....

Se pasó mucho tiempo con los ojos fijos en el mirador, en el que, como sabemos, no había ninguna luz y en el cual reinaba completo silencio, preguntándose qué es lo que podía hacer allí Bacará sin acertar ni adivinarlo. Al fin, al cabo de una hora, la puerta del pequeño pabellón se abrió y vio aparecer á Bacará. La joven llevaba a la niña de la mano y había nuevamente encendido la vela, a cuyo resplandor el conde pudo observar que Bacará estaba muy pálida y que sus temblorosas manos demostraban cierta agitación.

—Amigo mío, —dijo,— ¿queréis poner vuestro cupé a mi disposición?

El conde se inclinó y tomó la luz.

—¿Me dejáis? —dijo.

—Sí, —respondió Bacará con una sonrisa, — pero venid mañana, os aguardaré; — é inclinándose a su oído le dijo: Voy a mi casa; es necesario que vaya al momento, pues voy a tener una visita.

—¿Una visita? —dijo.

—Sí.

—¿A las diez de la noche?

—Es la hora de los seductores.

Y como la mirase sin entenderla, dijo: —¿Recordáis el hombre contra el cual tenéis una apuesta?

—¿Querubín?

—Sí, y dentro una hora estará en mi casa.

—¿Cómo lo sabéis?

Ella le sonrió de nuevo.

—Soy un sér sobrenatural. Algunas veces interrogo al porvenir... y sondeo sus profundidades. ¡Adiós!

Y Bacará montó en el coche y partió.